

mas bien por memoria que por conviccion quiso mostrarse fuerte y despreciar estas agitaciones. Creyó darlas término proclamando, el 23 de septiembre, la aceptacion de la constitucion por la mayoría de las juntas primarias de la República; pero el 24, una junta central de electores se reunió hostilmente en el Odeon. El 2 de octubre (10 vendemiaire) esta junta ilegal, es á decir, insurreccional, fue disuelta á viva fuerza.

La guerra estaba por empezar. La seccion de Lepelletier que se reunia en el convento de las Hijas de Santo Tomas daba la señal. La Convencion decretó que se cerrase el convento y se desarmase á la seccion. Si Paris se hubiese acordado de las *barricadas*, la Convencion sucumbia y Bonaparte perdía la ocasion que iba á producirle sobre la escena del mundo. La calle Vivienne fue ocupada de repente por el general Menou, á la cabeza de una fuerza imponente de infantería, caballería y artillería; pero se encontró con la guardia nacional de la seccion formada en batalla, y las casas ocupadas por los demas individuos de la misma seccion. Los representantes no pudieron tampoco lograr nada de la comision de la seccion

cion que se declaró representante del pueblo, y no quiso obedecer. Una especie de capitulacion dió fin á esta ridícula usurpacion del poder soberano; y, dueña del campo de batalla sin haber peleado, la seccion Lepelletier tenia una razon mas de cantar la victoria.

Enmedio de estas grandes agitaciones, Bonaparte seguia en su vida privada. Asistia al espectáculo de Feydeau, inmediato al teatro de la guerra, cuando supo lo que pasaba en la calle Vivienne. Habiendo ido á informarse de lo que era aquello, presenció la retirada de las tropas de la Convencion, y fue corriendo á la tribuna pública de la asamblea. En aquel mismo momento, Menou se hallaba denunciado por los mismos representantes que le habian acompañado y que lejos de manifestar la menor energía, contrariaron las disposiciones que quiso tomar. Este general podia tambien reprocharles haber salido mal en su negociacion con la seccion Lepelletier, que les contestó con altanería que no reconocia á la Convencion. Menou fue arrestado. La agitacion aumentó mucho en la asamblea, al saber las proposiciones siniestras que se siguieron unas á otras en el discurso de aquella noche. Varios

oradores subieron á la tribuna y anunciaron altamente el peligro público. Pero las opiniones diversas de los representantes, sobre la eleccion de un gefe militar á quien se pudiese confiar la salvacion de la patria, se dejaron llevar de los informes dados por los representantes que habian podido enterarse de los talentos de Bonaparte, durante sus misiones á los ejércitos del Mediodia, y por los individuos de la comision; se reunieron á favor del jóven general que, mezclado entre los espectadores, y agachando á la fortuna, asistia á la deliberacion. Sin duda se acordaria entonces de Aubry, de la inaccion en que le dejaba aquel representante y de la oscuridad en la que se vió envuelto de repente el vencedor de Tolon y el comandante de la artillería del ejército de Italia. Esta vez el mismo destino viene á cogerle de la mano y quiere hacerle un gran lugar en medio del pueblo frances. A pesar del horror que profesa á la guerra civil, ¿podrá dejar perecer á la República que en el tiempo mismo de las proscripciones, nunca, hasta ahora, llamó en vano á sus defensores? ¿Qué momento aquel en la vida de un hombre tan apasionado para la libertad como para su propia gloria! ¿Dejará perderse

este favor peligroso de la suerte? Bonaparte se presenta al comité de salud pública que le aguardaba.

Habia presenciado en la calle Vivienne la conducta del general Menou y de los comisarios; dió informe sobre el particular, y declaró que no admitiria el mando bajo las órdenes de comisarios. El peligro era urgente; para cortar la dificultad, el mando en gefe se dió á Barras y el mando en segundo á Bonaparte. Barras no tenia ningun conocimiento del arte de la guerra, pero, habiendo sido encargado el 9 thermidor de disipar á los rebeldes armados por el ayuntamiento de la capital á favor de Robespierre, se hizo célebre en razon, no de la dificultad, pero de la importancia de la operacion. Barras, pues, reunió en su persona el poder de los tres comisarios y los de general en gefe. Habia conocido á Bonaparte en Tolon, y desde luego le dejó toda la autoridad militar.

Luego que Bonaparte tuvo el mando, el gefe de escuadron Murat salió con un fuerte destacamento para apoderarse de las cuarenta piezas de artillería que estaban en el parque de la llanura de Sablons. Acababan de dar las doce; un mo-

mento mas tarde , una columna de la seccion de Lepelletier que no se atrevió á atacar á los trescientos caballos de Murat , se apoderaba de estos cañones. El 13 á las nueve de la mañana, la artillería estaba situada á la cabeza del puente de Luis XVI y del Puente Real, en la callejuela sin salida del Delfin , en la calle de San Honorato , en Pont-Tournant, en fin, en todas las avenidas de las Tullerías. El ejército que al principio constaba solo de cinco mil hombres, pronto tuvo ocho mil y quinientos. Tres batallones, compuestos de los antiguos satelites de la Convencion ó de sus empleados, fueron armados, organizados y puestos bajo el mando del general Berruyer. Eran unos patriotas á toda prueba, desgraciados desde el 9 thermidor. Se llamaban todavía los patriotas de 89. En la Convencion existian pocas opiniones generosas; se hablaba de tratar con las secciones, de retirarse sobre las alturas de San Cloud, ó de deponer las armas. En fin un parlamentario de las secciones, enviado por Danican su general, atravesó las puertas los ojos vendados, y se atrevió á venir á intimar á la Convencion que retirase sus tropas. El general Bonaparte mandó llevar ochocientos fusiles á la Convencion para

armar á los diputados y formar una reserva. Los insurgentes ocupaban en gran número los puestos de San Roque y las alturas de la Butte de los Molinos: pero varias de sus columnas habian tomado posicion sobre el Puente Nuevo donde Carteaux, el antiguo general del ejército de Tolon, mandaba cuatrocientos hombres con cuatro piezas de artillería. Las secciones ocupaban tambien el jardin de la Infanta en el Louvre, y una fuerte columna desembocó á paso de ataque por el Puente Real. En fin á las cuatro de la mañana, se rompió el fuego, y á las seis, despues de una corta resistencia, las secciones fueron desbaratadas. Hubo cuatrocientos muertos de ambas partes. El general Bonaparte y su artillería salvaron el gobierno. La Convencion le confirmó en el empleo de segundo comandante del ejército del interior. Logró que se declarase inocente á Menou, á quien la comision queria sentenciar á muerte y que merecia un castigo severo. La autoridad militar prevaleció sobre el poder civil que le debia su salvacion.

Desde aquella época, el nombre de Bonaparte se hizo popular. Como segundo general del ejército del interior, tenia el encargo de

mantener la paz y el orden público. Incesantemente estaba en medio del pueblo; varias veces le arengó en las plazas y arrabales, y cobró un gran crédito. La Convencion habia decretado que se desarmase á las secciones sin excepcion. Esta operacion atacaba de repente la costumbre y los derechos de los ciudadanos; se hizo sin encontrar obstáculos, y su ejecucion fue la ocasion muy singular del casamiento de Napoleon. Las pesquisas se hicieron con tanto rigor en las casas, que no quedó arma ninguna. Una mañana, se presentó al general Bonaparte, un jóven de doce á trece años que venia á reclamar la espada de su padre, general de la República, que habia muerto en el cadalso. Este jóven era Eugenio Beauharnais. Se le devolvió la espada. Su madre quiso dar las gracias al general. Hé aquí como Bonaparte conoció á Madama de Beauharnais, su primera y acaso su única pasion. Ocultó esta pasion á sí mismo por algun tiempo, y con mas cuidado á la persona á quien amaba. Este sentimiento, pronto adivinado y correspondido, cobró una nueva fuerza en la elevacion repentina que acababa de ilustrar su vida. Estos honores cobraron un nuevo precio á sus ojos,

porque podia tributarlos como homenaje á la muger amable y bondadosa que le dedicaba el mas tierno amor. Habia sido tan desgraciado y habia vivido tan oscuro desde la guerra del Piamonte, que pagaba con una gratitud extraordinaria los sentimientos que inspiraba. Por otra parte, la necesidad de confiarse con otro individuo que le fuese íntimamente unido, era imperiosa en su corazon; le hacia falta un amigo que no fuese ni un privado ni un consejero. Su alma nunca ha sido enteramente política. Tenia como la de los demas hombres, á quien se parecia tan poco, sus disgustos, sus consolaciones y sus secretos.

En los últimos dias de su existencia, la Convencion encargó al general del ejército del interior, la nueva organizacion de toda la guardia nacional; cuarenta y dos secciones pasaban por ser realistas sin serlo realmente. Nombró los oficiales y los ayudantes, y creó en Paris este ejército urbano, que, dentro de algunos años, habia de dar pruebas de tan grande fidelidad á su fundador. Poco despues se le encargó la misma operacion para la guardia del Directorio y del cuerpo legislativo, lo

que ejecutó con el mismo acierto, dejando los mismos recuerdos. Desde aquel momento, todo individuo que llevaba un fusil en la capital, pertenecía al general Bonaparte, que reconoció esta verdad en las tres épocas que voy á referir; cuando volvió de la conquista de Italia, y de la de Egipto, y el 18 brumaire halló á los dos ejércitos parisienses cuales los habia dejado en 1795. Solo en el estado militar se encuentran ejemplos de tan singular fidelidad. Sin duda la razon consistió en la propia naturaleza de esta institucion, y en la profesion misma de las armas, cuyo objeto es fijo, especial y exclusivo, y cuya esencia es una dependencia ciega; esta fuerza de obstinacion y la facilidad con que los soldados se aficionan con pasion á un hombre de guerra, no se encuentran, sin embargo, de ordinario, sino en las repúblicas, en donde estos elementos producen necesariamente facciones, guerras civiles y usurpaciones. En efecto, desde la época que va á principiar al momento en que Bonaparte obtiene el mando en gefe del ejército de Italia, hasta su advenimiento al imperio, existirán dos ejércitos, el de Moreau y el de Bonaparte. La sentencia que hirió á Moreau no

acabó con esta odiosa rivalidad, que acaso sobrevive á Moreau y á Bonaparte. Sin duda que su penetracion le descubrió el ascendiente que tomó sobre el ejército parisiense el 13 y 14 vendemiaire, y si en aquellos dias, le vino la idea de influir algun dia de un modo poderoso sobre los destinos de la Francia, es regular que entre los medios de suceso que se prometia, entraban por mucho las dos organizaciones que ponian á su disposicion los ciudadanos de la capital y la guardia del gobierno.

La Convencion está expirando, pero hasta su último momento todavía es una potencia formidable, á pesar de las proscripciones con que se ha diezmado á sí misma, y si pudiese suponerse, en aquella época, la existencia de Bonaparte como dictador de la Convencion, la imaginacion humana no alcanza á concebir el resultado de semejante combinacion. La libertad se hubiera hecho conquistadora y la República entera hubiera tenido ambicion. Entonces la Europa, necesariamente subyugada, se volvia enteramente republicana. ¿Qué poder habia, capaz de impedir esta gran mudanza? La Rusia apenas entonces se conocia á sí misma; el Austria era mas que vulnerable, como lo comprueba

la campaña de Italia; la Prusia que habia de-
 puesto las armas, no se hubiese atrevido á vol-
 ver á tomarlas; todas las universidades de Ale-
 mania nutrian principios revolucionarios, que
 se hubiesen propagado, con la rapidez del re-
 lámpago, en todos los paises ocupados sucesi-
 vamente por unos vencedores acogidos como
 libertadores. ¿Qué hubiera podido hacer la
 Inglaterra con sus escuadras para resistir á
 semejante conjuracion? ¿El espíritu se espanta
 al pensar á la alianza del genio de la Conven-
 cion con el genio de Bonaparte, conspirando
 juntos á favor de la libertad de los pueblos!!
 Pero no, estas no eran las mudanzas que ha-
 bían de trastornar dos veces el mundo, en el
 discurso de veinte años.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

LIBRO TERCERO.

CAPITULO PRIMERO.

ESTABLECIMIENTO DEL GOBIERNO DEL DIRECTORIO.—LLEGADA
 DEL GENERAL EN JEFE AL EJÉRCITO DE ITALIA.

(1795)

DESDE el 13 vendemiaire hasta la caída del
 imperio, ninguna insurreccion, sea popular
 sea realista, alteró la tranquilidad de la capi-
 tal: pues la conspiracion de Mallet no causó
 tumulto ninguno y no hizo sino atravesar Pa-
 ris para ir á morir en la llanura de Grenelle.
 En cuanto á la jornada del 18 brumaire que
 substituyó el gobierno consular al del Directorio
 de la Francia, la capital entera tenia parte en
 la conspiracion, y la oposicion fue vencida
 dentro de sus murallas por una maniobra mi-
 litar.

El 16 de octubre, el general Bonaparte fue